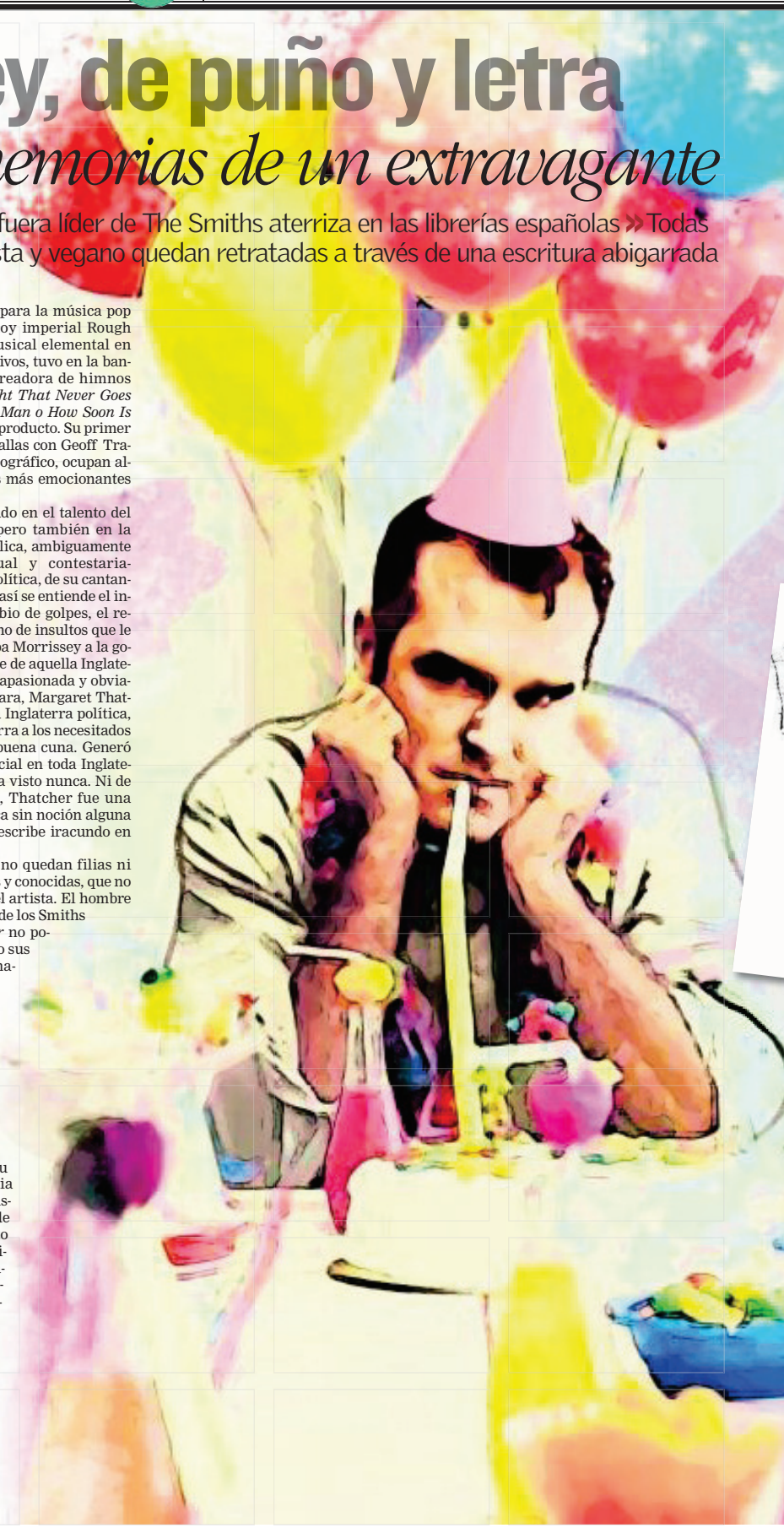
Morrissey, de puño y letra

Las iracundas memorias de un extravagante

'Autobiografía'. El relato vital del que fuera líder de The Smiths aterriza en las librerías españolas » Todas las filias y fobias de este díscolo animalista y vegano quedan retratadas a través de una escritura abigarrada



David Ojeda

Steven Patrick Morrissey, (Lancashire, 22 de mayo de 1959) es una de las figuras más inasibles de los últimos 30 años en la música popular. Con The Smiths cimentó el interludio entre el desarrapado punk y el escaparate del britpop, a base de melodías enhebradas en letras melodramáticas y evocaciones a James Dean. Luego emprendió una amplia carrera en solitario, un camino en el que los excesos no escapan del camerino en forma de chisme, sino en versos sueltos de rabia y cinismo. Todo eso queda plasmado en su autobiografía, que la editorial Malpaso ha traído a España tres años después de su polémica edición en el Reino Unido.

El cantante británico ajusta cuentas, sin medias tintas, con la educación británica, la política o la industria musical

En la vida de Morrissey no existe la indiferencia. Es una constante en la que su aparición literaria también dejó muescas. El cantante británico editó sus memorias bajo el epígrafe de Penguin Classics, la cuna de las letras británicas. Una colección que hasta ese momento solo editaba a escritores de nombre consagrado a lo largo de décadas. O siglos.

Y abrió sus puertas, como ahora Malpaso en España, a un gigantesco relato, al testimonio de puño y letra, de un hombre extravagante e iracundo. A un personaje díscolo que con escritura abigarrada hace desfilar por el panteón de sus rencores a todo tipo de personajes, desde los profesores que tuvo en las escuelas de Saint Mary o Saint Wilfrid en su Manchester natal, hasta personajes de calado en la industria musical. Y, por supuesto, a Margaret Tactcher. Su gran enemiga.

Morrissey habla con desdén hasta de su propio advenimiento. «Naturalmente mi nacimiento casi mata a mi madre porque mi cabeza es demasiado grande», relata en las primeras páginas del libro. Y, claro esto, de eso no podían escapar sus orígenes en el grisáceo e industrial Manchester de la década de 1960. «El norte es un país diferente, uno formado por salvajes paisajes nocturnos de aflicción afectada».

Los primeros pasajes del libro explican muchos de los traumas que luego han fluido en la vida y obra del músico británico. Hijo de una numerosa familia de origen irlandés, con proximidad a la cultura, el joven Morrissey nunca superará una infancia de cemento y rigores reglamentarios. Sus escarceos con un modo cerril en el que su desinterés sexual, la repulsión al contacto, es visto como una señal a subrayar de su incipiente homosexualidad. Todo eso se vomita en el texto de casi 500 páginas.

El eterno conflicto de un personaje ante el abismo pasa por las páginas del libro mediante un relato floreado de uno de los músicos más importantes de la parte final del siglo XX. Junto a Johnny Marr, bisagra creativa, hizo de The Smiths un referente ineludible para la música pop independiente. La hoy imperial Rough Trade, compañía musical elemental en los circuitos alternativos, tuvo en la banda de Manchester, creadora de himnos como *There Is a Light That Never Goes Out, This Charming Man o How Soon Is Now,* su primer gran producto. Su primer número uno. Las batallas con Geoff Travis, jefe del sello discográfico, ocupan algunas de las páginas más emocionantes del relato de *Moz*.

Todo eso vertebrado en el talento del dúo creativo, pero también en la imagen pública, ambiguamente homosexual y contestariamente política, de su cantante. Solo así se entiende el intercambio de golpes, el relato lleno de insultos que le dedicaba Morrissey a la gobernante de aquella Inglaterra. «Desapasionada y obviamente majara, Margaret Thatcher dirige la Inglaterra política, declarando la guerra a los necesitados y alabando a los de buena cuna. Generó más inestabilidad social en toda Inglaterra de la que se había visto nunca. Ni de hierro ni una dama, Thatcher fue una mujer-hacha filosófica sin noción alguna del error personal», escribe iracundo en su autobiografía.

En las memorias no quedan filias ni fobias, todas públicas y conocidas, que no sean retratadas por el artista. El hombre que bautizó un disco de los Smiths como *Meat is murder* no podía eludir en su relato sus circunstancias animalistas y veganas.

Pero aunque Morrissey no se haya guardado nada para sus memorias. Aunque su lenguaraz carácter nos permita a los interesados en su figura, tanto en los años con The Smiths como en su fructífera trayectoria en solitario, saber hasta el último detalle de sus manías. El relato cronológico, y la calidad de su prosa, hacen interesante plantarse ante la densidad del texto.

Una buena porción de pop anglosajón para aquellos que todavía se ponen en pie cuando suena en algún lugar el infantil coro que cierra *Panic*. Su alegato contra la frivolidad mediática alrededor de Chernóbil.

El fan de los New York Dolls que llegó a ser alguien

Morrissey cuenta en sus memorias la primera vez que se sintió importante, un momento en el que la música, cómo no, fue capital. El cantante británico vio a los New York Dolls, la primera banda con la que Malcon McLaren, inventor de los Sex Pistols, quiso asaltar la industria, y se acercó a una tienda a comprar su disco. «¿Lo ves? Te dije que alguien lo compraría», espetó uno de los vendedores a su socio. «Por fin soy alguien», pensó Morrissey para sí mismo.

Los New York Dolls fueron claves en la formación musical de Morrissey. Pero también lo fueron en su personalidad. «Jerry Nolan en la portada del primer disco de los New York Dolls fue la primera mujer de la que me enamoré, la postura de piernas de puta picarona era de amante de pago, y la batería rosa debía ser la primera de la historia del rock and roll», dejó escrito.

Las primeras páginas antes de abordar la formación de The Smiths fluyen entre el rencor al orden establecido, a los cánones de la escuela, y el escalafón de sus influencias. Un repaso exhaustivo por todas las personas, escritores, músicos y actores, que crearon a ese díscolo y extravagante artista que ama a los animales pero que siempre dispara con munición real a todo aquello que representa el ser humano.

CRÍTICA
LIBROS

Cómo entrevistar a una estrella de rock y no morir en el intento

FICHA

Autor: Fernando García, con prólogo de Juan Villoro.
Editorial: Jus.
Páginas: 184.

«El lenguaje del texto destila pasión por la música y por el ejercicio de compartirla y comunicarla» **David Ojeda**

El camino hacia las estrellas

En el periodismo muchas cosas pasan por casualidad. Pero para que esa casualidad suceda hay que estar detrás de ella tentándola. Así se sucede el relato de las aventuras profesionales del periodista argentino Fernando García, reflejadas en *Cómo entrevistar a una estrella de rock y no morir en el intento*.

García, escritor, editor y gestor cultural, contó la historia contemporánea de la música en Argentina a través de las páginas del diario Clarín, uno de esos trasatlánticos de la era de los *mass media*. Eso le abrió muchas puertas, pero también su olfato como informador le permitió acercarse a algunas de las figuras más importantes del rock internacional. Como aquella tarde en la que se coló en un hotel, como si fuera un fan cualquiera, para departir con John Lyndon –AKA Johnny Rotten–, y acabar sacando declaraciones al que fuera vocalista de los Sex Pistols y atendiendo a algunas disparatadas peticiones del cantante británico.

El escritor argentino acude al contexto más que al contenido. El libro, estructurado en capítulos que llevan los nombres de las estrellas entrevistadas, no es una compilación de los encuentros de García con ellos. Es un rico anecdotario que bien podría haber llevado por título *El hombre que siempre estuvo allí*. Sin querer, acaba en el centro de una tremenda discusión entre Damon Albarn y Graham Coxon en los momentos en los que se avecina la descomposición temporal y duradera de Blur. O persigue por las carreteras de Buenos Aires al clan McCartney gracias a la pericia y a los contactos de uno de los veteranos conductores que su periódico pone al servicio de los redactores.

Cómo entrevistar a una estrella de rock y no morir en el intento consigue sin tener la pretensión de ello desmitificar el circo del rock and roll. La forma de acortar el camino hacia las estrellas, y en muchos casos sus respuestas y comportamientos de ellas, humanizan a personajes que son puestos bajo el microscopio de las contradicciones consustanciales al ser humano.

El propio García queda humanizado sin afán doctrinario cuando abre el debate con una antigua pareja sobre quién ostenta la primacía del pop británico en la década de 1990, si Blur u Oasis, encarnizados enemigos, al menos en el relato de la prensa de la época.

El texto de García se lee del tirón. Con una preciosa edición de la editorial Jus, que vía Malpaso abre su camino en España. Pero el lenguaje del texto solo destila pasión por la música y por el ejercicio de compartirla y comunicarla. Un detalle de ello es cuando el autor relata que se persona en una de las entrevistas con una camiseta de los Small Faces, que llama la atención de su interlocutor.

En tiempos en los que el conocimiento musical es alimento para pedantes de ego insaciable, se agradece una lectura suave y rica en conocimiento. Un buen texto que no debería faltar en las colecciones de aquellos melómanos que buscan más que entretenimiento en una canción.